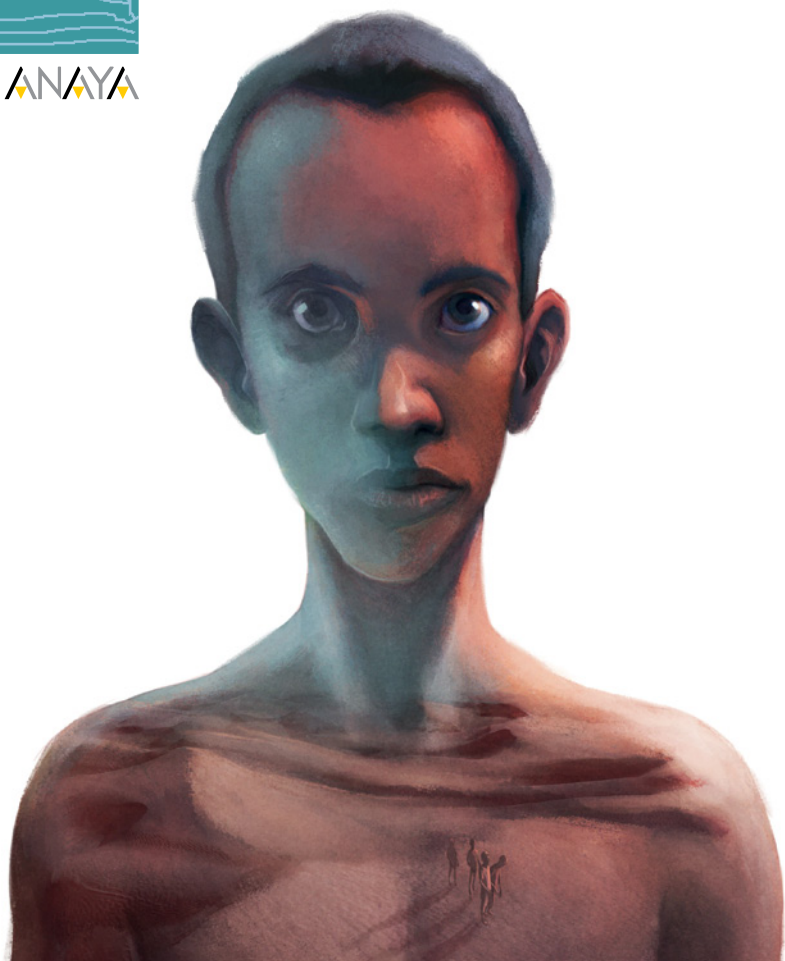


EL VOLCÁN

Antonio Lozano

Me llamo Suleimán

ANAYA



*Para Carlos y Javier,
anhelando para ellos un mundo mejor.
Para Clari.
Para los héroes anónimos
que dejan atrás su tierra para salvar a los suyos.*

1

Me llamo Suleimán. No te preocupes si no lo recuerdas, si no recuerdas de qué me conoces: aquí, nadie me conoce. A menudo siento que soy invisible, pero no, no lo soy. Aunque a veces me gustaría serlo. Mucho. Por ejemplo, cuando bajé del cayuco que me trajo hasta la playa y descubrí que muchos blancos en bañador, unos tumbados en la arena, otros jugando a la pelota o corriendo por la orilla, me miraban asombrados, deseé ser invisible. También cuando corrí como un loco para alejarme de todo aquello, y más cuando me di cuenta de que detrás de mí corría un policía que al final me alcanzó.

Claro, estaba más en forma que yo. Él no había pasado ocho días en ese cayuco, los tres últimos sin comer ni beber.

Me sentí muy cansado y me dejé caer al suelo. Me dije: Se acabó, Suleimán, te van a matar aquí mismo. Me acordé de mi madre, cuando lloraba rogándome que no me fuera. Y de mi padre, cuando me dio su

bendición. Se acabó. Te van a matar como a un perro. Pero no. Un hombre me pasó la mano por detrás del cuello, suavemente, como si fuera su hijo, me levantó muy despacio y me acercó una botella de agua a la boca. Yo la quería beber de golpe, tenía mucha sed, pero no me dejó. Después supe que, cuando estás seco, es mejor así, sorbo a sorbo, a saber por qué.

No tenía fuerzas para darle las gracias, así que lo hice con la mirada. Creo que lo entendió, porque me sonrió. Pensé: Si aquí te trata así la Policía, cómo serán los demás, porque en mi país un policía tiene prohibido ser bueno, creo. He llegado al paraíso. Y me dormí, aliviado porque no me iban a matar.

Te decía que nadie me conoce, pero no es así exactamente. No es que te quiera mentir, lo que pasa es que me refiero a que no tengo a nadie con quien hablar, pasear, reír... La gente con quien comparto una pequeña casa me conoce, claro, pero no me gusta, y procuro pasar el menor tiempo posible ahí para no tener que verlos. Ya te hablaré de ellos, pero antes me gustaría decirte cómo llegué hasta aquí, porque nunca hemos hablado de eso.

Ya lo sabes, me llamo Suleimán. Suleimán Keita. ¿Te gusta mi nombre? A mí me encanta. Los Keita son una familia muy grande, muy importante; una familia de reyes. Lo sé porque he escuchado muchas veces su historia, nuestra historia. Mi historia. No te quiero volver loco con eso, pero déjame que te cuente un poco.

Hace muchos años, un adivino le aseguró al rey mandinga Naré Konaté que tendría un hijo con una mujer muy fea, y que se convertiría en un gran monarca. Así que cuando unos cazadores le trajeron a Sogolon Kédjou, la mujer más fea y contrahecha que había visto en su vida, se casó con ella. De esa unión nació Sundiata Keita, un cojo incapaz de levantarse del suelo. Cuando murió el rey, su hijo mayor, Dankaran Touman, tomó el poder, despreciando los deseos de su padre de que fuera Sundiata el elegido. En una ocasión en que Dankaran y su madre Sassouma ofendieron a Sogolon, la jorobada, Sundiata se rebeló, tocó el bastón real y como por arte de magia se puso en pie. Enfadado y temeroso, su hermano, el rey Dankaran, lo desterró a las lejanas tierras del reino de Mema. Pero ocurrió que Soumaoro Kanté, el rey sosso, atacó el reino mandé y Dankaran tuvo que huir. Soumaoro persiguió y mató a once hijos de Naré Konaté, pero no logró dar con Sundiata, que se convirtió en la gran esperanza mandinga para expulsar a los sosso. Se había refugiado en casa del rey de Uagadú, y desde ahí organizó la reconquista de su país. Podría pasar horas contándote esta historia porque, tal como se la escuché a los *griots*¹ decenas y

¹ Narrador de historias, una especie de bardo que aúna poesía y música en sus representaciones. Cuentan leyendas y mitos, pasajes históricos o anécdotas y chismorreos locales que llegan a sus oídos.

decenas de veces, te la podría repetir. Pero no te quiero cansar y para terminar te diré que finalmente Sundiata Keita, de quien procedo, reunió a los ejércitos de los pequeños reinos de nuestra tierra y derrotó al rey sosso. Así fue como fundó el gran imperio de Mali, que se extendió desde el Atlántico hasta el desierto, el más poderoso y rico del planeta, y se convirtió en Mansa, rey de reyes. Bajo el árbol de la palabra me han contado los viejos de mi pueblo que dictó el Kouroukan Fouga, la gran ley que abolió la esclavitud y que proclamó la igualdad entre todos los seres humanos, la libertad de las personas y la solidaridad.

10

De esa familia, de ese país, vengo yo. ¿No es maravilloso? Me gusta contarlo porque así siento que soy un hombre, no una sombra perdida entre blancos, como a veces me parece.

Por desgracia, de eso hace mucho tiempo. Siglos. Hoy las cosas han cambiado en mi país, se acabaron los Keita y los imperios. Desde que los blancos empezaron a llevarse como esclavos a los hombres y mujeres de nuestras tierras, ya nada ha ido bien. Nos hicieron agachar la cabeza y tardamos siglos en levantarla. Claro que lo intentamos, pero había un palo siempre dispuesto a caer sobre ella para devolverla a esa posición. Fue otro de mis antepasados, otro Keita, Modibo se llamaba este, quien por unos años lo logró, pero no tardaron mucho en quitárselo de encima. Fue uno de los nuestros quien lo

hizo en esta ocasión, aunque dicen que el palo se lo pusieron en la mano los franceses. Y desde entonces seguimos en esa postura encorvada en la que al mundo tanto parece gustarle vernos.

Así y todo, amo a mi tierra. No la cambiaría por nada. La pobreza no me impidió ser feliz en los años de la infancia. Comíamos poco, es cierto, pero cuánto disfrutábamos corriendo por las calles polvorientas de Bandiágara, siendo los campeones del mundo de fútbol con pelota de trapo, escuchando al anciano bajo el árbol de la palabra o, sobre todas las cosas, escuchando al *griot* en el claro de luna.

Después sí, después ya fue otra cosa. Cuando eres un niño, con tener tu ración diaria de *tô*², unos amigos con quien jugar y los brazos de la madre donde consolar tus pocas penas, ya eres feliz. Pero los sueños van creciendo con los cuerpos, y las necesidades también, y dejas de conformarte con tan poco. Ahí, estoy seguro de que también a ti te ha pasado, es cuando la cosa se empieza a complicar y te das cuenta de que la vida no es el paraíso que habías imaginado. No solo te duele tu hambre, también la de los tuyos, y ves la vida de tus mayores y sabes que así será la tuya. Y no la quieres. Ni para ti ni para ellos. No quieres que tus hijos, y los hijos de tus hijos, estén condenados eternamente al *tô*, a

² Gachas elaboradas con sorgo y otros cereales en África Occidental.

recorrer kilómetros para arrancarle a la tierra un cubo de agua turbia, a esperar que las fiebres te vuelvan a consumir el cuerpo, hasta que un día acaben contigo. Y empiezas a pensar entonces que te ha tocado hacer el gran viaje al país de los blancos, de la abundancia y el dinero para salvar de la miseria a tu familia.

Esa es otra historia, y ahora vuelvo con ella, porque me he dado cuenta de que te hablo de Bandiágara como si lo conocieras, y seguramente oyes ese nombre por primera vez. Así que, si no te importa, te voy a contar mi ciudad. Bueno, ciudad le llamamos nosotros, pero quizá tú la llamarías pueblo, acostumbrado como estás a tus calles asfaltadas y tus edificios de veinte metros.

Fueron mis abuelos quienes se instalaron en Bandiágara. Decidieron hacerse cargo de unas tierras que habían heredado, cansados de malvivir en Bamako, donde su puesto de especias en el mercado central no daba para alimentar a los doce hijos, entre ellos mi padre. Él era un niño cuando llegó a Bandiágara, y allí conoció a mi madre, una peul. Así que soy medio bámbara, medio peul, pero supongo que eso no te importa mucho. Al principio la cosa fue bien, porque con la ayuda de los hijos mayores mis abuelos fueron capaces de sacarles a sus campos lo necesario para que no faltara el *tô* en casa y algo más para que de vez en cuando entrara un poco de carne. Pero cuando llegaron los años de

la sequía, las cosas se torcieron. La muerte de los pocos animales que criábamos nos dejaron sin leche, y el mijo se negó a crecer en la tierra reseca. Alguien que trabajó aquí recogiendo tomates me ha dicho que crecen en unas enormes casas de plástico en las que el agua brota por pequeños tubos, y pensé que eso habría sido la salvación de mi familia y de tanta gente de mi país. No sé si es que no las conocen o si cuestan muy caras: allá la tierra no te regala nada, hay que pelear con ella duramente todo el día para conseguir poner algún ñame encima de la mesa. El caso es que, después de la sequía, ya nada fue igual.

Bandiágara, te estaba contando, es la ciudad en que nació. Ahora todo es tierra, las calles y las casas, y a veces el cielo también. Pero siendo niño jugábamos en las ruinas del palacio de El Hadj Omar, un hombre muy importante que organizó una yihad antes de que los franceses se quedaran con nuestras tierras. Aunque lo mejor de Bandiágara son nuestros vecinos. Se llaman los dogón y viven en unas montañas increíbles. Antes los llamaban los hombres que vuelan, porque no se sabía cómo si no podían entrar en sus casas y cómo enterrar a sus muertos, allá, en lo más alto del acantilado, cerca del cielo. Dicen que nadie como ellos ha sabido, en toda África, salvar sus costumbres.



Serie juvenil

Un muchacho, harto de la terrible situación de pobreza que vive su familia, decide abandonar su país, Mali, junto a dos amigos, y partir rumbo a la próspera Europa. Allí espera trabajar duro y conseguir dinero para ayudar a los suyos. El viaje es mucho más difícil de lo que había pensado: atravesar el desierto en camiones atestados, el miedo a ser detenido por la Policía...

1558040

ISBN 978-84-678-6093-1



9 788467 860931